

§. II.—El segundo rasgo de devocion es comulgar con frecuencia sacramental y espiritualmente y aficionarse mas y mas al culto del santísimo sacramento del altar.

I. Aunque acabo de hablar del santo sacrificio de la misa, quiero añadir algo acerca del santísimo sacramento, donde se quedó Jesucristo para habitar con nosotros y ser el sustento y el consuelo de nuestras almas. Con esto me propongo hacer ver que en lo que mas desea la Virgen santísima le demos muestras de devocion, es en frecuentar el sacramento de la Eucaristía.

II. Esta es la prenda mas preciosa que tenemos de ella, porque es comun sentir de los santos padres que ese don divino se le debemos á ella despues de su hijo como á la tierra virgen que sin simiente humana, ni otro cultivo de la mano de la criatura produjo el trigo puro de que se hizo este pan. Se le debemos como á la mujer casera que le amasó con las tres medidas del cuerpo, del alma y de la divinidad y la levadura de su fé. Se le debemos como al dichoso tabernáculo de Abraham ó de la buena Sara, donde se coció este pan bajo la ceniza con el fuego de la divinidad. Se le debemos como al horno intelectual encendido con el fuego divino, de donde se sacó caliente para que nos restituyera la vida. Se le debemos como á la Betlehem espiritual, es decir, á la casa del pan celestial, donde se depositó para sustento de los mortales. Se le debemos como á la vasija de oro donde se guarda este maná del cielo. Se le debemos como á la mesa en que está expuesto. Dándonos este augusto sacramento no solo bajo la especie de pan, sino bajo la de vino, los santos padres no han dejado de referirle á la Virgen. San Juan Damasceno y S. Epifanio la llaman por esto la viña fértil que produjo el dulce racimo y el néctar de la vida eterna. S. German de Constantinopla dice que es la

vid misteriosa plantada por la mano de Dios para dar á las iglesias las uvas de incorupcion, y S. Ambrosio toma el simil de la copa hecha á torno, de que se habla en el capítulo VII de los Cantares, y dice que es el vientre de la Virgen, en el que la sabiduría divina puso el vino precioso que promete en su banquete solemne. En fin los otros santos padres afirman que si el sacramento de la Eucaristía es el árbol de vida, María es el paraiso: si aquel es la manzana de la inmortalidad, María es el árbol que la produjo: si aquel es el cordero místico, María es el que le dió: si aquel es el carbon de que habla Isaías, María es como la tenaza con que fué cogido en el altar de la divinidad: si aquel es la perla oriental que contiene el precio de nuestra salvacion, María es la madre perla (1). A este propósito no puedo pasar por alto la bella observacion de un diligente lapidario, el cual dice que las perlas se forman en el mar no por el rocío del cielo concebido en el nácar, como comunmente se ha creído hasta aquí, sino de la leche misma de la madre, cuyo color y semejanza conserva: singular figura de la verdadera perla eucaristica, que fué formada de la leche y de la sangre de su dulcísima madre; de la sangre mientras estuvo en el sagrado vientre, y de la leche cuando estuvo fuera.

III. Pero obsérvese en el modo de hablar de los santos doctores que no refieren este sumo beneficio á la Virgen en razon solamente de la Encarnacion, sino en cuanto está en el sacramento dicho bien, como muestran las palabras de aquellos. Y aunque es mas difícil averiguar la manera con que nuestra señora influyó en el sacramento, segun se dice en las escuelas, para que se le atribuya bajo este titulo, voy á apuntar dos ó tres razo-

(1) Joan. Damasc., Orat. 4 de dormitione Virg.

nes que á mi parecer ilustran la devota opinion de los santos padres. La primera presupone la verdad del elogio que el angélico doctor hace del santísimo sacramento, cuando le llama el complemento y como la perfeccion última del don que Dios nos hizo de su hijo en la Encarnacion. Con efecto habiendo querido el Padre eterno darnos enteramente su hijo y habiendo querido el hijo darse en don perfecto, era necesario hallase el medio admirable que el amor le sugirió para darse á cada hombre en particular é incorporarse con él. La segunda razon presupone lo que los santos padres alegados con otro motivo en el capítulo VI del tratado segundo afirman de comun consentimiento; á saber, que somos deudores de esta donacion y de su cumplimiento no solo al Padre que es el primer principio, y al Hijo que se dió á sí mismo, sino á la Virgen, la cual conformando su voluntad con la del Padre y la del Hijo nos le dió como cosa verdaderamente suya por el derecho de maternidad. De donde inferi en otro lugar que esta union y conformidad de voluntades sobre una cosa que le era comun con el Padre, bastaba para que se juzgase que le habia ofrecido con este sacrificio sobre el ara de la cruz y para que fuésemos deudores de nuestra salvacion á ella. Del mismo modo y en virtud de las mismas pruebas deduzco ahora que esta union de voluntad con el Hijo que se da á sí mismo en el sacramento, basta para decir que le tenemos tambien de la madre, tanto porque es el complemento de la primera donacion que ella hizo en la encarnacion dándonos su hijo de todos los modos y en toda la perfeccion con que habia resuelto darse su hijo, cuanto porque perteneciéndole la cosa dada, no nos la dió el hijo sino con el consentimiento de la madre, bajo cuyo poder se habia puesto al hacerse hombre. Si no me equivoco, esto es lo que quiso apuntar S. Epifanio cuando llamó á la Virgen sacerdotisa que

ofreció en el ara sacrosanta el pan celestial para el perdón de los pecados (1).

IV. La segunda razon es porque parece que el Salvador instituyó primeramente este admirable sacramento por amor de su madre; pues habiéndole instituido para consuelo de los suyos á quienes dejaba en este mundo, y para mitigar la pena de su ausencia, segun lo entienden comunmente los santos padres en estas palabras de S. Mateo: Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (2), no dudo que atendiese mas al consuelo de su madre que de todos los otros juntos como mas afligida que ellos por su ausencia. De aquí se sigue que estamos particularísimamente obligados á nuestra señora por haber sido instituido en consideracion suya este augusto sacramento. Un doctor moderno (3) añade que el hijo de Dios tuvo tanta complacencia la primera vez que por nuestro amor se encerró en las entrañas de la Virgen, y fué tan honorífica y amorosamente tratado por ella, que para gozar á menudo de este contentamiento discurrió el medio de volver allí y renovar en cierto modo el misterio de su encarnacion haciendo posible lo que Nicodemo tenia por imposible, á saber, que un hombre adulto entrase de nuevo en el vientre de su madre. Él entró siempre que comulgaba María santísima, y no hay duda de que comulgaria todos los dias, como era entonces la costumbre de la iglesia y como formalmente afirma Metafrasta refiriéndose á un autor anónimo. «Acercábase, dice, todos los dias á la sagrada mesa y recibia en sus entrañas el mismo cuerpo de su hijo que habia llevado antes de parirle.»

(1) Serm. de laudibus Virg. (3) Salazar in IX Proverb.
(2) Mat., cap. ult. núm. 453.

V. La tercera razon nos obliga á ser aun mas devotos y reconocidos á nuestra amorosa madre, y es que se nos da propia y realmente su misma sustancia, comemos su carne y bebemos su sangre, porque la carne del hijo es la carne de la madre, segun hemos dicho tantas veces. Asi lo observa S. Bernardino de Sena cuando dice (1) que toda la belleza y toda la fuerza de los sacramentos de la iglesia, tiene su perfeccion en la carne de la Virgen, porque todos los demas sacramentos miran al de la Eucaristía como á su último fin y como al que se llama por excelencia santísimo. Ahora bien, este contiene el precioso cuerpo del hijo de Dios, que fué formado de una parte de la sustancia de la madre. Los griegos en su liturgia tienen una ceremonia algo diferente de la nuestra en cuanto á la hostia que ha de consagrarse, porque no la llevan preparada al altar como nosotros, sino la toman de un pan grande, en medio del cual se ve una imagencita de Jesucristo crucificado casi del tamaño y forma de nuestras hostias. A estas imágenes las llaman la marca y el sello de la oblacion, porque el sacerdote corta todo al rededor esta sola parte y la saca para ofrecerla y consagrarla. Lo restante del pan se guarda hasta el fin de la misa para distribuirle á los que no han comulgado, como nosotros repartimos el pan bendito. Llámánle ellos bendicion. El patriarca san German dice (2) que el pan de donde se saca la hostia, es la figura de la Virgen madre, del medio y del vientre de la cual fué sacado este divino cuerpo marcado con la forma sustancial de Dios hecho hombre. Y aunque por esta separacion tomó otra hipóstasis, en la cual subsiste aparte; no obstante es la carne y la sustancia de la Virgen, así como la hostia es una parte de la sustancia de

(1) Tom. 4, serm. 61.

(2) De myst. cont. rer. eccl.

aquel pan. Nuestro glorioso patriarca S. Ignacio se sintió un dia muy dulcemente consolado con la consideracion de esta verdad, segun dejó escrito en algunos papeles donde de notaba las gracias é ilustraciones recibidas del cielo y dice: «Consideraba yo, dice, que el hijo y la madre son naturalmente una misma carne y una misma sangre, ó á lo menos que el hijo es una parte de la sustancia de la madre, y que así en la sagrada mesa recibia yo la santísima carne no solo del hijo, sino de la madre, y que el que se acerca santamente á aquella, se une y hace una misma carne con el hijo y la madre, pues segun la máxima de los filósofos cuando dos cosas se unen á una tercera, no pueden menos de unirse entre sí.

VI. Esta tercera razon está fundada no solo en que el adorable cuerpo de que nos sustentamos en el santísimo sacramento, fué formado originariamente de la carne y sangre de la virgen María como de su materia notable y por la accion de ella como por la causa eficiente, sino en lo que enseñan muy probablemente algunos insignes doctores (1); á saber, que Jesucristo no perdió nunca esta sustancia primera y originaria que recibió de su madre en su concepcion, sino que la tiene aun en el cielo y que se nos da en el sacramento juntamente con la que añadió despues por el alimento y el crecimiento natural. Con efecto aunque los filósofos y los médicos afirman comunmente que el calor natural y las otras causas que obran de afuera contra nuestro cuerpo, van poco á poco consumiendolo el húmedo radical como ellos le llaman, que significa principalmente aquella sustancia primera y originaria para cuya restauracion hemos menester del alimento, no obstante añaden que esta sustancia es tan fuerte y está tan sólidamente

(1) S. Bern. Sen., tom. 4, d. 4, sec. 3: Spin., c. 8, n. 23 serm, 61: Suarez, t. 2, 15 p. 3, et 24 etc.

amasada, que nunca llega á perderse enteramente como no sea acaso en la edad décrepita; lo cual parece á lo menos ser cierto en cuanto á los huesos y las ternillas, que están firmemente constituidos. Aun niegan algunos doctores que el hombre pierda jamás por la fuerza del calor natural ú otras causas semejantes la primera carne que recibió de sus padres: en favor de esta opinion diré que la destruccion continua del húmedo radical, de que hablan los filósofos y médicos, no tanto ha de tomarse por una destruccion de la sustancia, cuanto por una alteracion accidental de las calidades y del temperamento, que es propia de las operaciones de la vida, y que el alimento que tomamos, no sirve mas que para reparar ese temperamento ó hacer crecer al hombre hasta su estatura natural.

VII. Sea de esto lo que se quiera, debemos de tener por cosa cierta que Jesucristo posee real y verdaderamente en la sagrada hostia alguna parte de la sustancia de la madre segun la sacó de su cuerpo virginal: en primer lugar porque es comun sentir de los físicos que generalmente en todos los hombres queda alguna parte de ella hasta la muerte, segun acabo de decir: en segundo porque aunque no sucediese así en el comun de los hombres, sería razonable creerlo de nuestro señor Jesucristo por el respeto de la union hipostática, la cual es tan perfecta y fiel, que no deja nada de lo que una vez ha tomado. Si bien los escolásticos mas sutiles hacen á esto algunas objeciones, tengo en mucho el modo comun de hablar de los santos padres, los cuales afirman simplemente que Jesucristo conservó aun despues de su resurreccion la misma carne que habia recibido de Maria, y que nos da á comer la misma. S. Agustin lo dice así en un sermón de la Virgen, y Pedro Blesense se expresa en estos términos: «La misma carne que nació entonces de la Virgen, es ahora consagrada en el pan por la

palabra de vida (1).» S. Bernardino de Sena dice formalmente que la carne sacada de la Virgen para formar un cuerpo al Verbo eterno le fué unida con un vinculo tan fuerte y estrecho, que la muerte pudo separarla de su propia forma, es decir, del alma; pero no de la persona del Verbo. En tercer lugar añado que aunque fuera verdad que hubiese perdido por la fuerza del calor natural ú otras causas semejantes aquella primera sustancia tomada de la Virgen, se habria de decir sin embargo que la tiene ahora en el santísimo sacramento, porque tiene el mismo cuerpo que volvió á tomar en su resurreccion. Ahora bien es doctrina de santo Tomás (2), de S. Buenaventura (3) y otros eminentes doctores (4) que cada hombre tomará en su resurreccion la materia y la sustancia de que fué primeramente formado, ya la haya perdido antes de la muerte, ya la haya conservado siempre.

VIII. Basta para prueba de que debemos á la Virgen santísima el sumo don del sacramento de la Eucaristía y de que todos los devotos de ella deben manifestar aqui su devocion. Ahora diré tres cosas en cuanto á la práctica. La primera es que no nos acerquemos nunca á este sacramento sin recordar el amoroso reconocimiento á que estamos obligados para con aquella de quien y por quien le hemos recibido. «Considerad, amados míos, decia S. Pedro Damiano (5), cuán obligados estamos á la virgen Maria y cuánta gratitud le debemos despues de Dios: porque recibimos en el altar el mismo cuerpo que ella engendró, llevó en su vientre, parió, fajó y crió, y bebemos su sangre en este sacramento de

(1) Tract. de Eucharist., c. 1. sacram., c. ult.: Ricard., d. 4
 (2) 4, d. 44, q. 1, a. 2. a. 44, q. 1 etc.
 (3) D. 2, a. 30, q. 3.
 (4) Hug. à S. Vict., p. 6, de
 (5) Serm. de nat. B. Virg.

redencion. Todas las alabanzas que podemos tributarle, no pueden jamás igualar al singular beneficio de haber sacado de su propia carne y de sus propias entrañas el sustento de nuestras almas, á saber, aquel que dice de sí mismo: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo. Digamos pues con amor: Bendito sea el vientre que nos dió tal fruto: bendito sea el árbol que produjo este manjar de vida eterna: bendita sea la madre que nos alimenta con un pan tan sabroso. Oh madre verdaderamente buena, que habiéndonos engendrado espiritualmente á todos cuando engendraste corporalmente al hijo de Dios, no quisiste fiar nuestra crianza á otra persona como suelen hacer las madres, sino que tú misma quisiste servirnos de nodriza dándonos la leche y la miel de los hijos de Dios, y lo que excede á toda bondad, sustentándonos con la carne de tu mismo hijo y aun con la tuya para unirnos mas íntimamente á ti y completar la generacion celestial y comunicándonos enteramente por este medio tu espíritu y tu vida, que no es otro que el espíritu y la vida de tu hijo. ¿Qué madre ha llegado jamás hasta ese punto? ¡Oh bondad! ¡Oh amor! ¿Qué mayor testimonio queremos?

IX. La segunda cosa que tengo que decir, es que pues nuestra buena madre preparó este pan celestial para sustento de nuestras almas, desea con ansia que nos acerquemos con frecuencia á recibirle. Parece que la veo estimulada de aquel amor, que hacia gritar en alta voz á la sabiduria divina por todos los ángulos del orbe: Venid, hijos míos, comed mi pan, bebed el vino que os he preparado: vuestras almas tienen mucha necesidad de él: aquí está toda vuestra vida: esto es lo que mas desea vuestra madre y en lo que principalmente quiere que se fije vuestro corazón sobre todos los ejercicios de devoción. Si teneis empeño en servirme, ¿qué mayor servicio podeis hacerme que dar gracias al Omnipotente y glorificarle por las grandes cosas que ha obrado en mí? ¿Y qué mejor accion de gracias que la que hagais por su propio hijo, cuando teniéndole en vuestras manos y en vuestros pechos se le presentais en mi nombre? ¿Qué servicio mas grato que el honor á mi hijo y vuestro Dios? ¿Y en qué podeis honrarle mas que recibiendo su cuerpo sacrosanto que os dejó en este sacramento? Vosotros manifestais vuestra devoción á los otros santos visitando sus reliquias, besándolas y venerándolas y os quejais de que no hayan quedado en la tierra reliquias mías; pero cesad en vuestras quejas: ahí teneis el cuerpo vivo de mi hijo, que es carne de mi carne, parte de mi sustancia y el todo de mis afectos: fijad en él francamente el vuestro. Si deseais unir vuestros corazones al mio, llegaos á mi hijo, con quien soy una misma cosa y en quien comeis juntamente mi propia sustancia para recibir con mas abundancia mi espíritu. En fin ya sabeis que nada deseo tanto como limpiar vuestras almas de todo pecado, perfeccionarlas y unir las á su sumo bien; y ¿dónde se efectúa mejor esto que en el sacramento de union y de amor? Por lo tanto acercaos á él frecuentemente, si me quereis tener contenta. Si es sensible para una madre ver morir á sus hijos ó porque no tienen pan, ó porque no quieren comerle, juzgad cuánto sentiré yo ver morir vuestras almas por no querer comer el pan del cielo. Cuando considero el amoroso deseo que mi hijo tiene de darse á vosotros, ¡cuánto siento ver que deseais tan poco recibirle con los tesoros de gracias y bendiciones que lleva consigo!

X. Lo tercero será tomar de la misma Virgen el modo y manera de comulgar bien. En la antigua ley estaba prohibido (1) cocer el cabrito en la leche de su madre;

(1) Exod., XXIII.

pero en la ley nueva no hay mejor salsa para sazonar esta vianda divina, en que comemos al que habiéndose hecho semejante á nosotros se comparó á un cabrito, que tomar la leche de devocion de los pechos de su misma madre. Para eso recurriremos primero á su favor y ayuda. S. Juan Crisóstomo nos lo enseña en su liturgia cuando dispone esta oracion antes de comulgar: Señor, por la intercesion de la inmaculada siempre virgen María madre de Dios hazme digno de recibir tu don inmaculado para la remision de los pecados y la vida eterna y no para mi condenacion. Ciertamente creo que una invocacion humilde y cordial de esta gloriosa señora por los méritos de la preparacion con que la dispuso Dios para recibir á su hijo en la Encarnacion, será de mayor eficacia que cuanto pudiéramos hacer por nuestra parte.

XI. A mas hay que imitar las virtudes con que se preparó. Supuesto que como dice S. Pedro Damaseeno, no es menor maravilla recibir á Jesucristo tantas veces que concebirle una (1), y supuesto que segun observacion de santo Tomás (2), el que comulga se hace semejante á la Virgen madre recibiendo en su vientre al mismo que aquella concibió; ¿quién no ve que todos los que comulgan, tienen particularísima obligacion de imitar lo mejor que puedan, las disposiciones que puso aquella señora para concebirle dignamente? Ea pues, hijos queridos de la Virgen, venid y aprended de vuestra madre el modo de hospedar en vuestro pecho al Salvador. ¿Qué decis en primer lugar de su admirable pureza? Fueron menester tantos siglos para hacerla mas pura que los serafines: fué menester forzar las leyes de la naturaleza y de la gracia ordinaria para eximirla de toda mancha é

(1) Serm. de nativ. Virg. (2) Opusc. de sanct. sacram.

imperfeccion: fué menester que el Espiritu Santo bajase personalmente para adornar su cuerpo y su alma de las gracias que le tenia reservadas; y al cabo de todo esto la iglesia cree hacer mucho en honor de la Virgen diciendo que Dios no tuvo horror de hospedarse en el vientre de ella. Estas palabras os hacen temer vuestra indignidad ú os sirven mas bien de poderoso estímulo para incitaros á adquirir la pureza conveniente á tan alto misterio? Porque ¿qué santidad se requeriria en el corazón, qué modestia en los ojos, qué honestidad en los oídos, qué inocencia en las manos, qué claridad en el entendimiento, qué rectitud en la voluntad del que se une tan estrechamente al principio de toda santidad, simplicidad, honestidad y doctrina! Despues que hayais procurado imitar la pureza de la Virgen, considerad su humildad. Reparad que la que es elegida por madre de Dios y reina del cielo y de la tierra, se llama su sierva, se humilla y se abate por el desprecio de sí misma hasta el centro de la tierra; y si no podeis llegar á su extraordinaria pureza, á lo menos abatios hasta el fondo de vuestra nada para sacar en algun grado su humildad. Contemplad las llamas del amor divino que consumia su pecho en los suspiros que exhalaba, y en los ardientes deseos que tenia de la encarnacion del Verbo: fijad los ojos en ese fénix de santidad que arde en las llamas de su caridad, y á su ejemplo arded en santa impaciencia de veros pronto unidos á aquel por quien anhela vuestro corazón: practicad actos fervorosos de amor de Dios que os hagan vencer vuestra tibieza y caminar aprisa por la senda de la perfeccion. Cuando le tengais dentro de vuestro pecho, avivad vuestra fé lo mas que podais, para que ella sea la primera que rinda homenaje al rey de paz sentado en su solio. En pos de ella preséntense para adorarle todos los hábitos de las virtudes y especialmente de las infusas: sobre todo la gratitud y los hacimientos de gracias pre-

párenle un concierto que arroba á los ángeles, y entonen con la Virgen á coros el celestial cántico *Magnificat* que esta cantó en los montes de Judea: conviden á la capilla real del cielo á acompañarlos; y apresúrense con santo anhelo á recibir al rey de la gloria, que es también el hijo de la Virgen. Con estas ingeniosas invenciones honraris al hijo y á la madre, os hareis agradables al uno y al otro y sabreis pronto por experiencia lo que vale para el alma el haberse granjeado su amistad.

§. III.—El tercer rasgo de devoción es rezar á menudo la salutación angélica.

§. I. Después del santo sacrificio de la misa en vano se buscará una devoción mas agradable á la Virgen que la salutación angélica, arenga compuesta por la beatísima Trinidad, pronunciada por uno de los ínclitos príncipes del cielo, dirigida á la mas pura criatura, destinada á anunciar y llevar al cabo la mas alta empresa, llena de misterios en todas y cada una de sus palabras. A medida que uno reza esta oración, dice un devoto escritor (1), el cielo se regocija, la tierra se pasma, es ahuyentado Satanás, tiembla el infierno, el mundo disgusta, el corazón se penetra del divino amor, crece la devoción, se aumenta la esperanza y el consuelo, el espíritu se recrea y se afirma en la justicia. «Cuántas veces se repite, dice santa Brígida en el libro cuarto de sus Revelaciones, el arcángel Gabriel recibe un nuevo rayo de luz celestial. Es cosa cierta que no sube esta oración al cielo sin hacer bajar alguna nueva merced ya para el cuerpo, ya para el alma.» Los libros estan llenos (2) de

(1) Alanus à Rupe, Psalter. cap. 26, etc.: Thom. Cantiprat., B. Virg., c. 17.

(2) Cæsar., lib. 7. exempl.

los prodigios obrados por esta sucinta, pero eficaz oración, y así solamente referiré algunos casos. Estando enferma en la cama santa Gertrudis y muy afligida por no poder orar segun su costumbre, con solo decir algunas palabras de la salutación angélica mas de corazón que de boca mereció ver á la madre de Dios vestida de una túnica preciosa con muchas flores bordadas de oro, que significaban el contento que recibia de esta salutación. Un monje converso del Cister era tan tardo de entendimiento, que nunca pudo aprender otra oración que estas cuatro palabras: *Ave, Maria, gratia plena*; pero era tan aficionado á repetir las cuantas veces podia, que después de su muerte salió de su sepultura un árbol desconocido, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro las mismas palabras. Vieron el árbol innumerables personas, y habiendo llegado á oídos del obispo la noticia del suceso, fué á presenciar el milagro, mandó cavar al rededor y se halló que el árbol salia de la boca del monje difunto: inmediatamente se secó aquel á vista de todos. S. Elzeario, conde de Arian, se valia de la salutación angélica como de una llave de oro para entrar en la oración sin dificultad y alcanzar cuanto deseaba. Santa Catalina de Suecia hacia maravillas con esta oración: restituia la salud á los enfermos, reducia al camino recto á los extraviados, confortaba á los débiles, alentaba á los fervorosos: en fin juzgaba que con esas pocas palabras no habia nada imposible para ella. En esto descubrió principalmente que habia mamado la leche de santa Brígida su madre, como se lo repitió diferentes veces el papa Urbano VI, cuando aquella hacia las diligencias para la canonización de esta última. Infinitas personas armadas de las palabras de la salutación angélica como de las cinco piedras de David derribaron en tierra al soberbio enemigo de su salvación, rechazaron sus sugerencias y vencieron sus importunos asaltos. ¡Y cuántas gracias